

36

CIRO MENDIA

INTRODUCCION

Por José Mejía y Mejía

Ciro Mendía ha vuelto en los días presentes por los fueros ultrajados del verso, por la fuerza y la santidad de un misterio espiritual que algunos pisaverdes de la inteligencia entienden como una acrobacia. Frente al truco y los artificios de una edificación estrófica que simula cierta modernidad, el poeta Mendía levanta la arquitectura limpia, veraz y remozada de su canto, no como simple gimnasia de vocablos, imágenes o forzadas acuñaciones metafóricas sino como expresión cristalina de su alma y como lenguaje ardido de su sér, que vibran armoniosamente con los fenómenos del mundo externo y con las angustias cósmicas del hombre.

La obra lírica de *Ciro Mendía* no ha sido verdaderamente estudiada por la crítica literaria colombiana. Esa obra es múltiple y densa. tenaz y superada, pertinazmente fiel a ciertas normas eternas de la belleza y visceralmente mudada en su epidermis idiomática. *Ciro Mendía* es un poeta nuevo sin abdicar de sus melenas románticas, que hoy sabe peinar con fina transparencia estética para ordenar la fresca voz de su ejercicio. El poeta no ha derogado el corazón, pero no le permite desabrocharse en alaridos primarios como los profería el bardo dieciochesco. Hay que reglamentar sus movimientos para que la poesía no se convierta en grito y para que la estrofa no sea un mero esparismo sensiblero. La conciencia artística, dijo alguno, es ponerse correctamente la corbata en el lenguaje. Y otro ensayista de los tiempos nuevos afirma que es preciso insistir hasta con exageración en que una estrofa es una isla encantada, donde no puede penetrar ninguna palabra de prosaico continente sin dar una voltereta en la fantasía y transfigurarse, cargándose de nuevos esfluvios, como las naves en otro tiempo se colmaban en Ceilán de especias.

El verso nuevo no consiste en una tarea fraudulenta, rapaz o pirática de remedos líricos, para troquelar una figura literaria o un disco metafórico con ciertas sorpresas imaginativas que son meros ilusionismos y combinaciones de palabras. Muchos exponentes de la lírica moderna son más bien faquires del idioma que artífices del canto.

El poeta *Ciro Mendía* nos ha entregado en su obra de antes y de ahora la espiga madura y el haz sazonado de su moderna calisténica versista.

No es necesario discurrir por toda la topografía estrófica de la obra de *Ciro Méndiz* para sorprender su coetánea modalidad lírica, que no ha necesitado despeñar su acento por las extravagancias jeroglíficas de algunos mozos alfareros del verso, para cincelar una poesía honda en su esencia y radiante en su traje formal. Esta obra poética de *Ciro Méndiz* no es demagogia del corazón ni sollozo para intonsas multitudes. De qué le sirve al poeta ganarse el mundo si pierde el verso?, podríamos decir parodiando el apotegma cristiano. El canto lírico de *Méndiz* no capitula con la masa suspirante ni contemporiza con las minorías babilónicas del verso corsario, porque el artista genuino sabe como nadie que el verso, según el luminico precepto de *Ernesto Hello*, es sólo una creación misteriosa, de la cual únicamente la costumbre nos impide asombrarnos, así como el gran poeta no es grande escritor tan sólo, si no que es algo más porque es el ministro de un soberbio misterio.

VISIONES

Esa fórmula de $2 \div 2 = 4$, señores,
no es la vida, sino el comienzo de
la muerte.

Dostoyevsky

En las estrellas y en las gárgolas,
en el beso sin sol, en el cuadrante,
en las islas sonoras,
en el racimo de uvas, siempre sobrias,
en la barra sin fiebre del termómetro
en la máquina negra, pensadora,
en los ojos de Homero
y en el camino sin camino,
está la muerte.

En el andamio donde bravos músculos
lanzan al viento, sudorosa,
su canción de miseria;
en la tragedia máxima del oro
que de los socabones de las minas
pasa —ignorado y escondido—
a la cava del Banco novelista,
y en el metal del llanto,
está la muerte.

En los lunes cargados de aceitunas,
en los viernes azules,
en las piedras maduras que se comen los pájaros,
en las torres con savia de petróleo,
en los oídos de Beethoven,
en las serenas chimeneas, cuyas
rosas de humo, muestran el salario
que el obrero disfruta,
está la muerte.

En el diamante, huésped de la mano,
en la suma y el sexo,
en las nubes cuadradas de Picasso,
en el grito primario de los niños,
en el torso inconcluso,
en las anotaciones de los libros,
y en las ingenuas teorías
de Einstein, el brujo,
está la muerte.

En la bolsa —del dólar Vaticano—
en la batuta de Stokoswski,
en el pan amasado por arcángeles,
en el amor del trigo y de la hormiga,
del hombre y de la bestia;

en la moneda vagabunda y libre,
en la carta fatal de Dostoyevsky,
y en los bateos de vetustas sales,
está la muerte.

En el agua académica,
en la mano de mármol de los siglos,
en los perfumes negros,
en la cólera limpia de la brisa,
en los prostíbulos de Marte,
en los famosos parques de Neptuno,
en el ala sin voz del telegrama,
en la miel, en la luz, en la camisa,
en todo. Pero menos en tu muerte,
está la muerte.

NO ESTOY PRESENTE

Cuando el mentido dios corazonero
pasa y arrasa mi ciudad de sangre;
cuando mi alma apenas es la sombra
de un ruiseñor herido,
no estoy presente.

Cuando el poema ya vivido suena
en los cinco flautines de mis dedos;
cuando el deseo me levanta y lleva
a su plaza mecida de araucarias,
no estoy presente.

Cuando la miel de sables oxidados
por mis labios transita;
cuando el ave lucífuga cabalga
sobre yeguas de incendio,
no estoy presente.

Cuando rompida el alma, por la puente
del suicidio no pasa;
cuando se viste el corazón de espumas
y la sombra de rosas,
no estoy presente.

Cuando la mano oscura de la vida
me hiere en pleno rostro;
cuando corre la sangre de mi risa
por cuchillos ocultos,
no estoy presente.

Cuando bajo al infierno de los hombres
en busca de la rosa de los ángeles;
cuando en mi soledad hablo a los peces

en idiomas de pájaros,
no estoy presente.

Cuando voy a países ya soñados
—países de color, de sal y truenos—;
cuando en las nubes —páginas leídas—
mis épodos escribo,
no estoy presente.

No estoy presente cuando lloro, cuando
tiro mi desnudez a las estrellas;
cuando como el cielo los racimos
y bebo el agua que del canto baja,
no estoy presente.

Cuando de las raíces de la tierra
hago raqueta y arpa;
cuando del monstruo verde que es el pino
espero reverencias,
no estoy presente.

Cuando del mar me traigo su locura
en mi copa quebrada;
cuando hago hogueras de pequeños ríos
y pongo a helar los rayos de violeta,
no estoy presente.

Cuando cae a mis pies como un lamento
el manto de mi cólera;
cuando la ola del amor castiga
la playa de mi espíritu,
no estoy presente.

No estoy presente cuando llega el viento
en sus cascos de seda;
cuando la noche —día enlutecido—
me hace temblar de júbilo,
no estoy presente.

Y no estaré presente cuando irrumpa
la muerte en su pijama de horizontes.
Cuando la muerte llegue, con palabras
de sangre le diré, mientras la azoto:
¡No estoy presente!

LA NEGRA ROSA

I

Esta tarde —luz oscura—
se murió Rosa, la criada.



Para morirse se puso
su mejor camisa blanca.
Ay, Rosa de mis abuelos,
casi, de mi madre, hermana.
Cómo la quería María,
como la quería Tatana.
Ay, Rosa, la brava Rosa,
ay, qué bueno me pegaba,
si no corría al aljibe
a traer poemas de agua.
Rosa hablaba con la risa
y reía con el habla.
Cómo el aprisco de azúcar
de sus dientes le brillaba.
Por Rosa —la negra Rosa—
en el jardín de la casa,
azucenas y gorriones
dicen: Blanca, Blanca, Blanca.

II

Dios en el alma de Rosa
sus vacaciones pasaba.
Cuando murió, de una nube
se vio caer una escala.
De buena, murió de buena,
de virginidad de plata.
La muerte apenas le dijo:
Escúchame dos palabras...
Se fue quedando dormida
pensando en la madrugada.
Pero despertó en el cielo
en su cocina de nácar.
Se levantó sin su cuerpo,
alegre y acicalada,
con un corsé de la Virgen
y un polsón de Santa Ana.
En tanto que el desayuno
de sol y luna prepara,
ángeles y ruseñores
dicen: Santa, Santa, Santa.

EL NIÑO OLVIDADO

Tembló el árbol de carne y sobre la estepa de la sábana
cayó la humana fruta.

¡Un niño, un niño, un niño!

¡Llegó a la tierra un niño!

¡A doblar los hinojos que están tocando a niño!

Exacto fue el prodigio:

una boca, una frente,

veinte dedos de goma,
veinte uñas de escarcha
y dos pies y dos manos.
Con su túnica roja salió a la playa la Alegría.

El sol —mujik de barbas cobrizas— como abuelo
todos los días toca aquella puerta en éxtasis labrada.
Buenos días, Futuro,
Plenitud, buenos días.
¡Un niño, un niño, un niño!
Y las orquideas vírgenes
y no han parido las estrellas.

Crece el pequeño, crece.
Ya las manos oscilan cual si jugar quisieran
malabares con dátiles y nubes.
Se ríe con los pies, todo él se ríe.
En un ebrio equilibrio va deshojando pasos,
rebaños de palabras suelta a triscar su lengua.
Avaros padre y madre siguen contando su tesoro;
dos cejas y dos ojos,
dos brazos y dos piernas.
una... dos... Uno... dos... ¡naaa!
Falló la matemática!
Se rompió la cadena.
Ay, qué error de la especie.
Ay, qué olvido de piedra.
Naturaleza estaba distraída:
¡faltan las glandulillas de cristal!

Tragedia, una tragedia.
Estallan carne y sangre,
vida y amor estallan.
Por qué este espejo negro?
Por qué este Fidiás múmero?
Por qué esta afrenta a la pobreza blanca?
Ante un retablo lazarino
llevan al ángel de alas rotas.
De madre a Madre se hace la amarga confidencia,
el terrible reclamo...

Míralo, Madre, míralo.
Me ha costado mil vidas,
por él diera mil muertes.
Con el cincel del corazón, activa,
en mármol lo esculpí de mis entrañas.
Con cuál de tus artistas me asemejas?
Míralo, Madre. Es bello como el tuyo.
Mas mira acá... qué ausencia,
qué desierto. Mi hijo sería así
como un Cid derrotado,

un piloto sin brazos,
un nuevo Prometeo del Instituto.

Mira acá... qué vacío y qué estuche sin joyas.
De madre a Madre te hablo. Qué será de mi raza,
de la prolongación de mis virtudes?
El milagro de tus manos florece y yo lo toco.
Házlo, Madre, házlo, Madre, por esta abuela fracasada.
Mira a tu hijo cómo es perfecto.
A esa armonía de tréboles y astros no le falta un acorde.
El mío es una angustia,
un grito, un alarido.
Por verlo, por oírlo,
mi deseo de chispas,
mis metálicas ansias,
son los culpables de esta llama helada,
de esta música muda,
de este varón ausente.
El pequeño jugaba con los ángeles
y por correr a mi llamado,
al clamor de mi sangre,
se ha dejado olvidadas sus grandulillas de cristal...

El silencio segaba la esperanza
y fundía el milagro.
Yacían las palabras sin colores
y, trágica, la fe se desangraba.
La madre de la tierra desafiaba a la Madre de los cielos.
Cómo aullaba el silencio.

Pero el lienzo se anima
y una metamorfosis de colores
escarlata los torna.
Hay sangre, corre sangre,
el tejido es de venas.
Se estremecen las líneas, saltan, gritan.
De repente la diestra de la Virgen refulge,
cobra vida, se sale de la tela,
y en un vuelo cordial de cinco plumas,
cae sobre el Dios-Niño:
le arranca las dos uvas genésicas —cirujana divina—
y el nido minúsculo del niño proletario,
coloca sabiamente,
pone artísticamente —cual si montara dos diamantes—
las grandulillas de cristal.

LA AMAZONA DEL VIENTO

Huracanes cautivos, las hélices, envuelven
las serpentinatas de oro de la mañana, el aire
se hace trizas al soplo de la máquina aérea

que, como Atlas metálico, en sus cinéreas alas
cargar parece, humilde,
la bóveda celeste.

Cual de la tierra huyendo, los Icaros modernos
llegan, aventureros, a la nave nostálgica.
De pronto el brillo nuevo de las alas se enciende
y una azul melodía a los cilindros pasa,
porque el avión ha entrado
mi rosa de los vientos.

Mi rosa de los vientos va montada en el viento.

En la altura su mano borrosa, llora nieve:
el águila de encajes de pico y uñas de rojos,
dice adiós al oscuro gusano que la exalta,
y en los fríos cristales de la nave, buscando
su mano, impreso queda,
como un lis, mi sollozo.

Mi rosa de los vientos va montada en el viento.

Escuadrones de nubes, abrid paso a la Amada,
hijas del sol, Heliades, inclináos que aligera,
mi rosa de los vientos va montada en el viento!

Amazona del viento! Catedrales de rosas
levanté a la divina majestad de tu cuerpo
bajo el temblor azúleo de las estrellas rojas.

En cuál selva dormida se incrustó tu suspiro,
señora de las nubes,
astro de mi silencio?

Yo fui vino, tú copa: yo brizna, tú universo.
Yo ardí en el pabetero de tu vedada boca,
quemé en tí las orobias de mi hastío selecto.

En qué mares oscuros cayó tu risa muerta,
domadora de nubes,
flautá de mi amargura?

Mi corazón rugía sobre tus manos finas,
el tuyo se quejaba en mis ramos de besos,
una esclava, la noche, te creía la aurora.

En qué valles morados viste mi sombra herida,
diamante de las nubes,
cicatriz de mi pecho?

En la tierra no hay nada, está todo en el viento,
mi rosa de los vientos va montada en el viento.

LA NOCHE DE HIERRO

La noche de hierro pesa
sobre el prado, sobre el monte,
y un congreso de mastines
legisla para ladrones.

Noche, noche! Izo mi hastío
del corazón en la torre.
Sobre el yunque del silencio
forjo lagartos de cobre.

Arrastra el viento la arena
enlutada de la noche
y en la arena va una orquesta
de sombras de ruseñores.

La soledad su plumero
en el alma, suave, pone:
¡me quedé solo en el mundo
con mis lagartos de cobre!

VIENTO DE PLUMAS

Viento de plumas azules
y de cariciosa lana.
Viento del Norte, viajero,
de espuelas y negra capa.

Viento, viento! Don Juan viento,
la soledad me acompaña:
la académica lechuza
abrió sus farolas blancas.

Viento, viento! Viento negro,
está de alquiler mi alma:
y ha asordinado ya el río
la espuma de sus sonatas.

Pása conmigo esta noche
y véte a la madrugada,
orquestando las estrellas
de tus espuelas de plata.

Ay, Norte, cuando me muera
—de muerte...— que no de bala,
haced que envuelvan mi cuerpo
en este viento de lana.

LLENO DE AZUL Y VERDE

Lleno de azul y verde,
ebrio de inmensidad,
con la belleza a cuestas,
vengo del mar.

La movible esmeralda
monté en mi soledad.
Hoy soy un hombre puro,
vengo del mar.

Y traigo saturado
mi corazón de yodo y sal
No me toquéis, lobo de tierra,
vengo del mar.

SE ALZARON LOS GIRASOLES

Se alzaron los girasoles
—micrófonos amarillos—.
El jardín es el estudio
de una broadcasting de Ensueño.

Se alzaron los girasoles.

Mariposas maquilladas
en vestidos inmortales,
ensayan una revista
dirigida por el viento.

Se alzaron los girasoles.

Se oye la voz de una dalia:
—Ahora por cortesía
de la mañana sin hojas,
el rruiseñor al micrófono.

Se alzaron los girasoles.

DISCURSO DE UNA OLA A LA NIÑA DEL MAR

Buenos días, buen sol y buena brisa,
Sussy Erika, de gracias abanico.
Me manda el mar a conocer tu pelo,
me manda el mar a conocer tu boca,
me manda el mar a acariciarte,
me manda el mar o sonreírte,
niña del mar, diafanidad de niña.

Te doy mis caracolas, ¡caracoles!
por la concha bipolar de tus mejillas;
mi espuma y mis veleros,
por el dental granizo que te falta...
No tengas miedo, Sussy, vén, más cerca,
hasta que toque yo la hoja
de celuloide de tus pies. Ahora
me calcé las sandalias para verte,
para que sean mis praderas
del color de tus oíos.
Sussy Erika, yo quiero
cambiar mi rutinaria sinfonía
por tu risa de estrellas,
de pétalos de arpa.

La niña del mar
en la playa, al sol,
se quiere casar
con un caracol.

No temas, Sussy, no, que yo te traigo
una enorme muñeca de crepúsculos,
un bebé que la aurora armó de algas,
un oso gordo de azuladas uñas
y un caramelo que las garzas limpias
hicieron para tí de miel de nubes.
Entra más en el agua, Sussy, entra,
que yo soy la princesa de tus cuentos
que mató un tiburón de una mirada.

La niña del mar,
—turrón, mermelada—
se quiere casar
con un pez-espada

Vestida así de arena yo quisiera
quitártela y bañarte con mis manos:
oír tu voz y conversar contigo
como el poeta que a tu lado pasa
saludando la vida.
Vén, Sussy, vén, para que al mar yo diga
que en mis hombros le llevo la fulgente
orquídea rara de tu cuerpo,
porque si no ese viejo me castiga.

La niña del mar
decía hace rato:
Me voy a casar
con un ballenato.

Bravo, Sussy! Muy bien. Así... mil gracias,
sirenilla dorada de horizontes,

Por aquí dictadores de último estilo graznan,
desplumando quetzales...

¡Tapachula! Tapachula, tu nombre me azula.

La noche en Veracruz me grita: Arríba!

Y alzo mis alas en olor de viaje.

II

"Sana que sana,
rabito de rana,
si no sanas hoy,
sanarás mañana".

Así cantaba yo en mi pueblo
a los turpiales heridos por mi honda.
Mi aldea contaba de diez casas de barro,
de una torre inconclusa
y un cura de museo.
Yo no era el XI Duque de Osuna
porque la pobreza era el mejor plato nuestro.
Pero me arrimaba a mi aldea
como el becerrillo a la vaca matutina,
para mamarle su silencio,
el amor de mi prima, sus palomas azules,
y su río de sandalias de mariposa
de paso de terciopelo sonámbulo,

Deslumbramiento! Prodigio ciudadano!
veo un trigal de antorchas,
una terrestre Vía Láctea...

Ahora contigo, México a la vista,
—arbolillo de navidad—
desde un avión noctívago,
oyendo tus espuelas de alegría,
con tu sombrero de luces y tu sarape de crepúsculos,
mi corazón te acoge, te levanta mi júbilo,
multánime ciudad de seda de minueto,
de filigranas de piedra y espadas elocuentes.

Abajo estás, México másculo,
pródigo,
romántico,
ardiendo de leyendas, tatuado de locura,
de música y de fuerza.
Dentro de un par de minutos de motores
mi cuerpo —flecha humana—
hará blanco en tu flanco oscuro,
y entonces verás cómo
a tu salud alzaré una copa
repleta de tu vino de fuego escandaloso.

Me está diciendo el viento
que mañana saldré de tu vientre
como un lobezno bobo de su cueva.

De pie, sobre esta nube —perla de sombras—
canto tu canto, México.

Desde aquí veo —sin ver— tus parques,
tus avenidas de vino tinto,
la pirámide del sol,
la estatua física de Diego Rivera,
la mano creadora de González Martínez
y los pantalones a media asta
de tu jurista cómico.

Desde la altura muelle
mi alado valenzuela de tres patas redondas,
pace farolas y torres
en tus praderas urbanas,
mientras se asoma a mis labios,
llénandome la boca de trinos y de azúcar,
la palabra más bella del idioma:
Albaricoques.

Tú y mi alma se unen en la hora,
en este viento plástico y turista,
en este maravilloso viento de murciélagos,
que me lleva a tus brazos,
México libre,
México fuerte,
de corazón y pecho de guitarra,
ciudad de tiros y de pan sin dueño.

Volando sobre el lomo de la noche
tú, México, por deparramado,
por cosmopolita,
por bohemio,
con el que la belleza sube a su cierto culmen,
me recuerdas mi aldea sobria, sin lagos,
sin parques, sin estatuas, sin historia,
con su torre inconclusa,
su cura de museo y su río de tocatas.

Mi corazón —oso de cuerda— en tanto que desciendo,
danza y solloza sobre el vacío iluminado.

México, aquí te traigo este ramo de nubes.

amazona de espumas,
capitana de náyades.
Y adiós, adiós, al ófar, coral, vino,
júbilo, almíbar, bien, perfume, seda,
campánula, marfil, uva, lucero,
picaflor, picaversos, picaolas,
golondrina, esmeralda, albaricoque.

La niña del mar
(sabe el mar a sopa)
se quiere casar
con una marsopa.

Para que no te asuste mi arrogancia,
Sussy Erika de pan y de arco iris,
seré más leve cuando torne...

SUBIO OSIVA

Subió Osiva a la torre
y de la torre se lanzó.
Subió a la torre Aglaida
y llorando bajó.

La sombra de la torre
la playa perfumó.
Estaba yo en la torre?
Sí... no... Sí... no...

Vestamor subió un día,
nadie subir la vio.
También me dejó solo,
¡pero allí se quedó!

De una estrella dormida
la música se oyó.
Subió ella a la torre?
Sí... no... Sí... no...

MARINERA DE MIS MARES

Marinera de mis mares
y de mis besos mielera,
al viento mi blanca nave
te espera.
Vamos al mar, marinera,
que cogí la sombra lacre
de tu beso en la ribera.

Las marinas tempestades

llenar de amor yo quisiera,
capitana de mis males,
de mis fugas compañera,
de mis duras soledades,
artillera.

Las sirenas cuando sales
paren rosas, timonera,
y el viento deja su viaje
por modelarte, viajera.
Vamos al mar, marinera,
que al viento mi blanca nave,
te espera.

MEXICO A LA VISTA

I

Como yo vengo de Olías,
no sé de Toledo nada.
Lope

Por no dejarla sola va en mis plantas la tierra
entre dos alas sin plumas.
Moderno Cándido aeronauta
cultivo aquí mi huerta de naranjas y estrellas.
La selva, sin un ángel ni un rascacielo:
selva, no más que selva.
Una viva ensalada.
Apenas oigo, abajo, los crótalos heridos
de unas orejas de india en traje ausente.

El mar —plaza de espumas— se ha quedado sin voces,
sin yodo, sin banderas,
víctima de quince mil pies de altura.
Se vende un mar decrepito, afónico, sin mar.
Esclusas. Marineros borrachos y negricia.
Dónde el sí colombiano? El "yes" lo devoró.

El Momotombo! Allí está el Momotombo
con una hilacha de niebla en la boca
cual si fumara un cigarrillo.
Rubén Darío, adiós. Adiós, Rubén, mi Rubén magnífico.
¿Es verdad que en Hamburgo se te almendró una dama
para pagarte el oro de tus versos?

Lagos como condecoraciones.
Montes en saltos de cama verdes.
Ciudades como tableros de ajedrez.
Y un gran bostezo de volcanes.